

SEVERINO ETERNO, *IN MEMORIAM*

El pasado 17 de enero fallecía el pensador italiano Emanuele Severino a los 90 años de edad. Aunque hablar de edad en Severino significa traicionar el espíritu de su pensamiento, pues el autor de *Il mio ricordo degli eterni* no creía en el tiempo. La noticia, por expreso deseo del venerable sabio, no fue comunicada por la familia hasta tres días después del deceso. Por supuesto, los medios de comunicación se hicieron eco enseguida, también en España, pero tengo la sensación de que no se le ha rendido todavía el homenaje que merece.

Severino nació en Brescia el 26 de febrero de 1929. Laureado en Filosofía por la Universidad de Pavía en 1950 con una tesis sobre *Heidegger e la metafisica* bajo la supervisión del filósofo neoescolástico Gustavo Bontadini, nuestro autor enseñó esta misma materia en la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán de 1954 a 1969. Su primer libro, *La struttura originaria*, data de 1959 y en él se ponen las bases de toda su filosofía posterior. Pero con sus *Studi di filosofia della prassi*, publicados en 1962, los cuales contenían un análisis crítico de la fe, Severino ve peligrar su puesto en la Universidad. De 1970 a 2001, el filósofo enseña Filosofía Teórica en Venecia donde sería nombrado Profesor Emérito en 2005. Según el filósofo alemán Friedrich-Wilhelm von Hermann, el propio Heidegger se habría interesado por los trabajos de este presocrático redivivo.

Como se recoge en las diversas necrológicas publicadas, la verdad del ser, la muerte, la eternidad y Dios son los grandes temas de la filosofía de Severino. Permítaseme añadir uno que no es de importancia menor: la técnica. En línea con Heidegger, pero desmarcándose profundamente del alemán, el pensador italiano veía nuestra civilización técnica como un resultado de la fe griega en el devenir, la mayor locura de Occidente según el autor de *Essenza del nichilismo*. Una fe que presupone que las cosas salen de la nada para ingresar finalmente en la nada. El horizonte nihilista del pensamiento moderno, que Zubiri derivaba de la idea judeocristiana de *creatio ex nihilo*, en realidad hunde sus raíces en la metafísica antigua. Nuestra historia espiritual es, pues, la historia de una continuidad que se remonta al fatídico momento en que Parménides se atrevió por primera vez a nombrar la nada haciendo, así, del nihilismo el destino propio de la civilización occidental. Sólo desde estas premisas puede entenderse una frase como la que se contiene en *Gli Abitatori del Tempo*, publicada en 1978: “La técnica europea es nihilismo, no en tanto que se la utiliza *mal*, sino en tanto que es técnica”.

No puede extrañarnos que este ontólogo de la técnica, el único pensador de fuste que se ha atrevido a desafiar a Heidegger mediante un pensamiento alternativo al de la diferencia ontológica, se viera apartado de la docencia por el Santo Oficio y que se le abriera un proceso que puede ser comparado, incluso en su estructura jurídica, con el de Galileo. El dictamen de Cornelio Fabro sobre la incompatibilidad de su obra con la doctrina católica fue inapelable: “Critica desde la raíz la concepción de la trascendencia de Dios y los principios fundamentales del cristianismo como tal vez nunca hayan hecho el ateísmo y la herejía”. Y es que, para Severino, el Dios de la

tradición cristiano medieval representa como ningún otro la pretensión de arrogarse la eternidad a costa de infligir el castigo del tiempo al hombre y las cosas.

Severino ha muerto, aunque de acuerdo con su doctrina, habría que decir más bien que se ha ocultado en la eternidad del ser. Esa eternidad que la alienación técnica de nuestro tiempo tiene necesariamente que negar a los entes y que no puede por menos que llevar al mundo a su total aniquilación. Recordar al filósofo no es sólo un gesto de gratitud por nuestra parte frente al error del tiempo, sino una manera implícita de reconocernos como *abitatori dell'eternità*.

Luis Durán Guerra